

Reemplazada

un cuento de Sabrina Delmare

Ese día, Vera Martínez se despertó a las siete, sola en la amplia cama matrimonial.

“Qué raro”, pensó un instante. Pero enseguida recordó que, como cada mes, su esposo Jaime se había ido a un viaje de trabajo y volvería al día siguiente con el tren que llegaba a las siete y treinta siete de la mañana a la estación central. A él le gustaba tomarse el tren tan temprano porque así le daba tiempo para pasar por su casa a cambiarse y desayunarse con Vera antes de ir a la oficina.

Vera se duchó, se vistió y salió a las ocho y cuarto de su casa para ir al trabajo. Llegó con el café en la mano y apenas tuvo tiempo para saludar a sus compañeros antes de ponerse a trabajar. A la una de la tarde, como siempre almorzó en la cafetería en una mesa apartada revisando documentos contables. Después del almuerzo asistió a una reunión en la que no tomó la palabra. A las ocho de la noche salió del trabajo para volver a su casa. El viaje en colectivo duró catorce minutos, como era habitual. A esa hora, en invierno, había poco tráfico.

Desde la parada caminó de prisa las tres cuadras hasta su casa pasando frente a la estatua de toros. Hacía ya mucho frío. La noche iba a ser una de las más gélidas del año.

Se apresuró a entrar al edificio tiritando. El hall de entrada era un poco más acogedor aunque no tenía calefacción. Lo cruzó rápido, pasó frente a los ascensores, dobló a la derecha hacia los departamentos impares y por fin llegó al número 7, el suyo, ubicado en la planta baja con dos ventanales que daban al pequeño jardín de la residencia.

Ansiaba darse una ducha, cenar liviano y acostarse temprano a leer una novela policíaca sueca.

Buscaba las llaves en su bolso cuando algo la sobresaltó :

¡Había ruido en su departamento! Y eso era imposible porque ahí no había nadie y Jaime estaba en otra ciudad para su trabajo.

Nunca había pasado que volviera antes. No podría porque en invierno había un solo tren, el de la mañana.

De todos modos él la hubiera avisado. No era él. Había intrusos en el departamento.

Inmediatamente, Vera empezó a temblar, de frío y también de miedo. No sabía qué hacer.

“Nadie tiene las llaves del departamento”, pensaba y pensaba...

Aunque, en realidad, no quería pensarlo. No quería que eso le pasara. No, a ella no... Sin embargo, el ruido no cesaba dentro del departamento. Inclusive pudo escuchar ruidos familiares. Alguien estaba preparando algo en la cocina. Oyó el ruido del cuchillo picando verduras, los ruidos de una cacerola, el tronar de la licuadora...

Y así es como Vera Martínez supo cerca de las nueve de la noche de ese día que había sido reemplazada.

Sabía hace meses que esa amenaza existía, pero había llegado a considerarla remota. Al fin y al cabo, ella tenía un trabajo, estaba casada, era feliz... No tenía porque pasarle a ella.

Vera estaba paralizada. En la oscuridad del hall luchaba para retomar la calma.

Respiró hondo varias veces y pensó en las soluciones que tenía.

Pensó en acudir a la policía pero lo descartó inmediatamente: esa gente no era de confiar. No la creerían. ¿Quizás si traía a un testigo?

Entonces pensó que no le quedaba más remedio que pedirle ayuda a su vecina de enfrente, pese a que no le caía bien. Era una vieja antipática que se pasaba el día vigilando a los inquilinos. Sin duda habría visto algo.

Vera tocó el timbre del departamento número 6 una vez. Silencio.

Luego dos veces. Silencio. Luego tres veces.

Al fin pudo oír los pasos pesados y lentos de su vecina acercarse y pararse del otro lado de la puerta. Vera se la imaginaba mirándola sospechosa.

¿De qué se trata? ¿Quién es?”, preguntó la vieja.

Sorprendida por la pregunta, Vera balbució:

“Soy yo Vera, la vecina de enfrente”. “Hay alguien en mi departamento. ¿Usted vio algo?”

La vecina tardó mucho en contestar:

“¿Cómo dice? “

“Vera, soy Vera, su vecina.”

Silencio.

“No la oigo. Usted perdonará”, acabó diciendo la vecina alejándose para retornar al televisor, que eso sí lo oía, y a todo volumen.

“Es que no me habrá reconocido. El hall está oscuro”, pensó Vera.

“Es tarde y tendrá una telenovela que ver a esta hora... No es de abrirle la puerta a alguien por la noche...”

La vieja siempre había sido un poco loca. Vera recordó cuando no reconoció a su propio perro porque se había revolcado en el barro...

Vera volvió a cruzar el pasillo para hacerle frente a la puerta de su departamento ocupado.

Ya eran más de las nueve. El frío de afuera empezaba a entrar al hall del edificio.

Vera tiritaba, inquieta. La verdad es que no tenía a dónde ir a pasar la noche. No tenía familia en la ciudad y tampoco amigos a quienes molestar tan tarde, una noche de invierno.

Sabía también que todos los hoteles estaban repletos por la gran Feria anual de la ciudad.

¡Nunca pensó que necesitaría otro refugio que su propio departamento!

Entonces, acurrucada en la esquina menos fría del hall, Vera esperó. Esperó durante horas infinitas que los ruidos cesaran. Que la otra terminara de cenar y se acostara. Vera tenía planeado entrar luego sin hacer ruido y buscar un lugar dónde pasar la noche escondida. No había otra solución.

Ese día era un jueves y el cansancio de la semana la azotó. No se durmió porque el frío se lo impidió. Seguramente la temperatura no pasaba de los 10 grados en el hall.

Atenta a los ruidos de la cocina, de alguno de los baños, del salón, Vera había comprendido que la reemplazante estaba sola. Pensó que quizás se acostaría temprano, como ella.

Había pasado mucho tiempo cuando volvió a mirar el reloj: eran pasadas las once de la noche y ya no se oía ningún ruido en el departamento.

Vera se incorporó gruñendo. La espalda le dolía.

Volvió a sacar las llaves y lentamente se decidió a entrar, temerosa. El departamento era amplio y como la otra dormía en la habitación principal, no la oíría entrar.

Y no debía bajo ningún concepto. Porque Vera de eso estaba segura: ser vista por su reemplazante podía significar la muerte.

Vera no necesitó prender la luz para reconocer la alfombra, los cuadros y los muebles, la calefacción, que le gustaba muy fuerte en el hogar.

Sin embargo, se sentía muy débil, casi agotada. Le costaba mantener el equilibrio y sus ojos se cerraban. Necesitaba descansar, necesitaba dormir. Salir de esa pesadilla.

¡A la mañana siguiente llegaría Jaime a rescatarla! Él no se tardaba más de veinticinco minutos en llegar de la estación central. A las ocho y cuarto, como todos los primeros jueves del mes, ella le abriría la puerta, aunque la otra estuviera en el departamento. Y la otra se iría de ahí, vencida.

Vera se preguntó dónde echarse para descansar. La habitación principal estaba ocupada, al salón no se animaba a ir. La cocina, los baños...

La única posibilidad era el cuarto de visitas. Al principio, Vera rechazó la idea. ¡Que humillante considerarse visita en su propia casa!

Pero luego Vera reflexionó que era el lugar más alejado de la habitación principal y por ende más seguro.

Vera se dirigió a pasos de lobo y con los zapatos en la mano hacia el cuarto y empujó la puerta lo más suavemente posible. “Vamos Vera. Es por una noche solamente. Mañana vuelve Jaime y vuelves a tu vida normal”.

Sentía un hueco en el estómago porque no había cenado. Pero pasar por la cocina significaba un riesgo suplementario. Prefirió aguantarse el hambre. Además, a Jaime le gustaba desayunar con ella cuando se tomaba el tren temprano. Como el tren salía a las seis, él apenas se tomaba un café antes de viajar. Llegaba cansado y hambriento.

Y durante el desayuno, su marido, como siempre, le contaría como le había ido en el trabajo y harían planes para el fin de semana.

Vera sintió alivio al ver que el cuarto estaba vacío. Sin desvestirse se dejó caer sobre la cama, exhausta.

De repente un ruido extraño y familiar la sobresaltó. Pudo contener un grito y vio una forma oscura que se acercaba...

Y Vera reconoció a su gato Mickey. ¡Mickey! Con todo lo que pasaba, se había olvidado de él. Vera sonrió por primera vez ese día: Mickey la había reconocido. ¡No había dudas que Jaime le reconocería también!

Acarició al gato que ronroneaba. Ahora Vera lloraba aliviada: ¡No, no estaba loca!

Mañana vuelve mi marido, pensó Vera. Mañana a las ocho y cuarto como todos los primeros jueves del mes. La situación le pareció hasta cómica. Si él la viera durmiendo en el cuarto de visitas...

Ya no conseguía conciliar el sueño. Estaba ansiosa como nunca.

Se dedicó a planear detalladamente su salvación: Se despertaría a las seis y a partir de ese momento estaría atenta a todo lo que pasaba. Saldría del departamento a las ocho y cinco en punto para esperar a su marido en la entrada del edificio y explicarle lo que estaba pasando.

“No podemos entrar. Me han querido reemplazar.”

Entonces él le contestaría:

“Vera, no es posible reemplazarte. Eres mi Vera. ¡Y no hay otra Vera!”

“¿Me preparas el desayuno mientras me pego un duchazo?”

Jaime siempre quería bañarse luego de tomarse el tren.

Entraremos juntos y todo volverá a la normalidad, pensaba Vera. Yo le contestaré como siempre:

“¡Huevos fritos con tostadas y café, mucho café!”

El sueño por fin llegó y Vera se durmió aliviada.

Estaba tan agotada que se despertó apenas a las ocho. Justo a tiempo, por suerte.

Se levantó de un salto.

Mickey ya no estaba.

Se puso los zapatos y corrió hacia la entrada. Avanzaba por el pasillo cuando oyó la voz conocida:

“Necesito una ducha. ¿Me preparas el desayuno?”

La voz amada.

Vera se detuvo, justo antes de verlos.

“¡Huevos fritos con tostadas y café, mucho café!”, contestó la otra.

- FIN -